La verdadera revolución

Comentario a Lc 10,29-37

Esta meditación continúa la del Domingo pasado. Para entenderla hay que volver a la pregunta sobre la vida eterna:

Se levantó un legista y dijo para ponerle a prueba: «Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?»
Él le dijo: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?»
Respondió: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.»
Díjole entonces: «Bien has respondido. Haz eso y vivirás.»

La segunda pregunta del doctor de la Ley es:

Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «Y ¿quién es mi prójimo?»

Antes de escuchar la respuesta de Jesús hay que detenerse en el sentido que la palabra "prójimo" tiene para el legista.

La dificultad es que, cuando nosotros escuchamos el término "prójimo", su sentido nos llega enriquecido por los dos mil años de historia del cristianismo, con gigantes del amor al prójimo como la Madre Teresa de Calcuta. No es ese el sentido en el texto que nos ocupa. El original griego en Lc 10,29 es πλησίον (plēsion). La traducción más correcta de πλησίον es "cerca". Jn 4,5 lo usa en ámbito geográfico: Jesús *llega, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca (πλησίον) de la heredad que Jacob dio a su hijo José*. En la pregunta del legista el término se usa en ámbito personal y significa "cercano' y, derivadamente, "próximo" y "prójimo".

Quizá para evitar la alteración del sentido de los conceptos que, inevitablemente, tiene lugar en la historia, a la pregunta del doctor de la Ley Jesús no responde con una definición sino con una parábola. Una parábola admirable, que no ha perdido fuerza con el paso de los siglos, y que suena hoy con la misma frescura

que el día que Jesús la narró por primera vez. Una obra maestra sobre las tres maneras de acercarse a un hombre:

Jesús respondió: «Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de salteadores que, después de despojarlo y golpearlo, se fueron, dejándolo medio muerto. Casualmente bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verlo, dio un rodeo. De igual modo un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él y, al verlo, tuvo compasión y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino, y montándolo sobre su propia cabalgadura le llevó a una posada y cuidó de él.

Al día siguiente sacando dos denarios se los dio al posadero y dijo: "Cuida de él, y si gastas algo más te lo pagaré cuando vuelva."

¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?»

Él dijo: «El que practicó la misericordia con él».

Díjole Jesús: «Vete y haz tú lo mismo».

El hombre que baja por el camino es todo hombre, cada hombre. Los salteadores son gentes de corazón endurecido y se acercan a él con la intención de quitarle la vida: lo despojan, lo golpean y lo abandonan moribundo. El samaritano se acerca al herido con un corazón compasivo, y se esfuerza en devolverle la vida: sana y venda sus heridas, lo lleva a la posada, y dispone las cosas para su total restablecimiento. La palabra clave es "cuidar": *cuidó de él* y, al posadero, c*uida de él*. Entre los salteadores y el samaritano se acercan al hombre un sacerdote y un levita, gente indiferente que pasa de largo.

A la pregunta de Jesús: ¿Quién ha sido el cercano (πλησίον) del hombre? el legista responde con acierto: El que se ha acercado a él movido por la misericordia, para cuidarlo, para devolverle la vida.

El doctor de la Ley ha empezado el diálogo preguntando sobre la vida eterna. Con esta parábola Jesús le responde: ¿Quieres entrar en la vida eterna? Sólo hay un camino: el cuidado; vive según el modo del cuidado; acércate al hombre para ayudarle en lo que puedas. ¿Quieres llegar a poseer la vida plena? Sólo hay una

forma: pasa por este mundo dando vida.

La clave es el corazón. La persona vive desde el corazón. Si se propone seriamente llegar a tener un corazón compasivo, capaz de padecer con el que sufre, entonces todo hombre será para él un prójimo. Es lo que Jesús nos dice: *Vete y haz tú lo mismo*.

Como siempre, Jesús va por delante. Nunca nos pide nada que Él no viva. Jesús es el Verbo, *en el que estaba la vida* (Jn 1,4), que se ha acercado al hombre, movido por la compasión, para padecer con él y darle la vida eterna al precio de su Sangre. Ése es el Misterio de la Encarnación.

San Pablo nos dirá: *Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo* (Flp 2,5). Ésta es la única verdadera revolución de la historia.